

■ PRAXIS

Quien bien anda, *mal* acaba

Lluís Muñoz Sabaté



▪ PRAXIS

Quien bien anda, *mal* acaba

Lluís Muñoz Sabaté



© **Lluís Muñoz Sabaté**, 2019
© **Wolters Kluwer España, S.A.**

Wolters Kluwer

C/ Collado Mediano, 9
28231 Las Rozas (Madrid)
Tel: 902 250 500 — Fax: 902 250 502
e-mail: clientes@wolterskluwer.com
<http://www.wolterskluwer.es>

Primera edición: septiembre 2019

Depósito Legal: M-27321-2019

ISBN versión impresa: 978-84-120181-8-9

ISBN versión electrónica: 978-84-120181-9-6

Diseño, Preimpresión e Impresión: Wolters Kluwer España, S.A.
Printed in Spain

© **Wolters Kluwer España, S.A.** Todos los derechos reservados. A los efectos del artículo 32 del Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba la Ley de Propiedad Intelectual, **Wolters Kluwer España, S.A.**, se opone expresamente a cualquier utilización del contenido de esta publicación sin su expresa autorización, lo cual incluye especialmente cualquier reproducción, modificación, registro, copia, explotación, distribución, comunicación, transmisión, envío, reutilización, publicación, tratamiento o cualquier otra utilización total o parcial en cualquier modo, medio o formato de esta publicación.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a **Cedro** (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El editor y las autoras no aceptarán responsabilidades por las posibles consecuencias ocasionadas a las personas naturales o jurídicas que actúen o dejen de actuar como resultado de alguna información contenida en esta publicación.

Nota de la Editorial: El texto de las resoluciones judiciales contenido en las publicaciones y productos de **Wolters Kluwer España, S.A.**, es suministrado por el Centro de Documentación Judicial del Consejo General del Poder Judicial (Cendoj), excepto aquellas que puntualmente nos han sido proporcionadas por parte de los gabinetes de comunicación de los órganos judiciales colegiados. El Cendoj es el único organismo legalmente facultado para la recopilación de dichas resoluciones. El tratamiento de los datos de carácter personal contenidos en dichas resoluciones es realizado directamente por el citado organismo, desde julio de 2003, con sus propios criterios en cumplimiento de la normativa vigente sobre el particular, siendo por tanto de su exclusiva responsabilidad cualquier error o incidencia en esta materia.

CAPÍTULO VII

Hoy día hay la geografía se aprende a través de la Liga de futbol. Y como la liga se abarrota de primeras y segundas divisiones, por no mentar las terceras, las cuartas y las quintas, y además hay la *Champions* y el *Campeonato del mundo*, cuando no los amistosos, *los que no aprenden geografía es que son tontos*. Basta con ser un forofo, aunque no nacieras ni jamás vivieras en la ciudad que presta su nombre al equipo. Cuenta tú si además has nacido y vivido en ella, como le pasaba a Isidro, que llevaba prendido en el corazón el Real Madrid, el equipo de sus amores, con un orgullo casi enfermizo cuando se imponía al Atlético o al Barcelona. A este último, las cosas como son, lo admiraba porque nunca jamás había rendido culto a la personalidad ni a la idolatría, tal como hacen aquellos sartrapas, bautizando a sus estadios con el nombre de sus presidentes. En Barcelona siempre fueron Las Corts o el Camp Nou y no el Benito Villamarín o el Bernabéu. Pero salvado este obstáculo, su innegociable pasión era seguir y celebrar los triunfos del equipo merengue, ya personándose en Chamartín ya viéndolo retransmitido por televisión en el Bar Rosales. Al futbol siempre iba solo porque después de haberle sido cancelado su abono, no le tocaba más remedio que subirse a las gradas en la zona de sol, lugar muy inhóspito para poder compartir con otra persona todas las soflamas que, siempre en plan soez se dirigen al árbitro. Bien que hubiera deseado celebrar los triunfos de su equipo tomándose un Rioja, pero en el Bar Rosales dos copas le salían más caras que un tintorro con olivas. Recordaba que de niño vendían en los quioscos unas laminas de cartón reproduciendo las figuras de los jugadores de cada equipo de primera división (entonces las plantillas duraban mucho tiempo sin cambiar, al revés de ahora), las cuales se recortaban y permitían montar partidos de futbol valiéndose de un garbanzo como pelota. En una caja sobre el armario de su dormitorio todavía las guardaba, con el nombre de cada jugador al pie de la figurita. Camacho, Del Bosque, Alberola, Butragueño y ya mas antiguos, Samitier, Zarra, Zamora. Una reminiscencia más de su arsenal de recuerdos. Lo interesante —pensaba él— es averiguar el porque se recuerda esto y no eso. Bueno, claro, depende del hecho que te estimula, según le había con-

tado un psicólogo. ¡No, no! Mejor depende de la motivación, le había contado otro.

Con su amigo Roman Prieto solían pasear por el llamado Madrid oculto. En este oficio la compañía del aparejador Román representaba una fortuna ya que era como una enciclopedia con pantalones caminando a su lado. Dominaba muy bien la síntesis:

— En Madrid, como en un calidoscopio se puede ver y escrutar toda la historia de España, la buena y la mala, la de don Pelayo y la de Pedro I El Cruel; la de fray Bartolomé de las Casas y la de la Inquisición, la del 2 de mayo y la del 18 de julio. Solo hace falta andar e ir levantando baldosas.

El aparejador puso la mano derecha en la barbilla, como meditando, y añadió:

— Comparada con las grandes ciudades modernas Madrid, la antigua Magrit visigótica, es una ciudad laberíntica porque se hizo a golpe de aventura. Su antítesis es Barcelona una ciudad hecha a golpe de cinta métrica.

Le aplaudieron esa ingeniosa comparación que dejaba a ambos lados satisfechos, superando la eterna rivalidad entre estas dos capitales

A casi todo madrileño le gustan los churros. Para ellos son como el croissant para los catalanes. Nuestros dos amigos se reunían en una chocolatería situada en la calle Postigo de San Martín, próxima a la Plaza Mayor donde gustaban de los mejores churros de la ciudad, y allí sostenían largas conversaciones que, mira por donde, versaban generalmente sobre la guerra civil. El padre de uno lucho en el bando franquista, el padre del otro en el bando republicano. Por el contrario, el descendiente del uno votaba a Izquierda Unida y el otro a Ciudadanos.

Estos encuentros, estas intromisiones históricas al Madrid de los Austrias de los Borbones y vete a saber si ahora del Partido Popular, le distraían por su acentuado madrileñismo pero no le llenaban porque solo se trataba con ellos de matar el tiempo, es decir, pasatiempos, cuya utilidad era muy pasajera, sin que pudieran tomar a su cargo el compromiso de colmar la mente de un depresivo. Los pasatiempos, convertidos en reflexión, imaginación o consciencia no dejan de dar comodidades en el trepidar de la vida cotidiana, cuando, por ejemplo, esperas un autobús 45 que no llega, pero para una mente capaz, no se trata de matar el tiempo, que es algo muy fácil, sino de detenerlo, que ya cuesta más. Escuchar atentamente una conversación, pararse a meditar sin necesidad de que salgan arrugas en la frente, hacer

camino al andar, abastecerse incluso de aparentes frivolidades y naderías para compaginar o rebatir una opinión, todo puede llegar a convertirse en un pasatiempo productivo; a veces inmensamente productivo. Lo que ocurre es que la depresión te lleva a un estado líquido, es decir, en un fluido que impide la forma, la solidez, la estructuración de cualquier producto de la mente. Flotas en la nada.

Recientemente, tal como ya hemos avanzado, a Román le llegó de Colombia una amistad que en su día trabó en Moscú, arquitecto de profesión, llamado Sergey Vasiliev, enamorado de España a la que comparaba con Rusia, equiparación convertida ya en lugar común, pues han sido muchos los escritores y pensadores que han entremezclado el alma rusa con el alma ibérica. Sergey nunca había estado en nuestro país y traía con él una serie de fotografías, planos y diccionarios Entendía el catalán y el gallego pero no el euskera.

Había un deseo que lo traía entre ceja y ceja. Visitar la Plaza Mayor una muestra arquitectónica e histórica de la España barroca y que igual se repite en Valladolid, Salamanca y otras ciudades castellanas, todas ellas porticadas y destinadas en su tiempo a ferias y mercados

He aquí su reacción: ¡Vaya maravilla!

Román le explicó que era la plaza donde la Inquisición celebraba sus Autos de Fe en presencia de la realeza sentada en los balcones que hay en la llamada Casa de la Panadería.

Con el dedo le mostró donde antaño estuvo esa casa.

— El primer Auto de Fe en la plaza tuvo lugar el 21 de enero de 1624, siendo el acusado el catalán Benito Ferrán que fue quemado vivo.

— ¿Y cuál fue su delito?

(«Ser catalán» le pasó a Román por la mente).

— Haber pisoteado unas hostias consagradas le contestó Isidro.

— Tal vez se apresuró demasiado pronto a poner un pie en el cielo, musitó con una sonrisa el ruso. Al pronto se arrepintió de la broma al desconocer el grado de religiosidad de sus acompañantes.

Pero no. Le rieron la gracia, mientras se acercaban al centro de la plaza.

— En aquellos tiempos ir a una ejecución era tan común como ir a un concierto, ir al teatro o ir a los toros. No tenían mejor divertimento. La guía

de espectáculos anunciaba si la muerte sería por garrote vil, por degollamiento o la horca. Cada uno tenía sus preferencias.

— Parece mentira —arguyó el ruso— que un país tan culto como España mantuviera la Inquisición durante tanto tiempo.

— La abolió en 1808 Jose Bonaparte, luego fue restaurada por Fernando VII, de infausta memoria (aquí Prieto hizo la señal de la cruz) y definitivamente abolida en 1833. Pero tampoco podemos olvidar lo que vosotros los rusos hicisteis en la revolución de octubre con millares de curas y monjes ortodoxos.

— En efecto, como dicen en Colombia, *si por allá llueve, por aquí no escampa*.

Roman estuvo en un tris de señalar que la Inquisición nunca se ha marchado de España y continúa colendo aunque con otros nombres y fácil acceso al Boletín Oficial del Estado. ¡Dése una vuelta por el Congreso, hombre! O léase las hojas parroquiales.

Salieron de la plaza por el Arco de Cuchilleros, una de las diez puertas que tiene la misma, y bajaron por San Miguel de la Cava para dirigirse andando hasta el Palacio Real, que Sergey cuidó en seguida de comparar con el Ermitage de San Petersburgo, antigua residencia imperial de los Zares, y luego entraron en la catedral de Madrid, que no le pareció catedral a los ojos de nuestro visitante.

— Es la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena.

— ¿La patrona de la ciudad?

Aquí Román se perdió un poco.

— Bueno, es que también está la Virgen de la Paloma.

Isidro que hasta aquel momento había permanecido en silencio, se creyó obligado a hablar.

— El patrón de Madrid es San Isidro.

— ¡Ah, Isidro como usted!

El aludido quiso añadir algo más a su intervención para así ganar en prestigio

— Nació en 1082. Era labrador y medía 1,80 de estatura. Cuándo la reconquista hay una leyenda que cuenta que, ya muerto, se le apareció al

rey Alfonso VIII y le señaló el camino para ir a las Navas de Tolosa en donde trabó batalla contra los moros a quienes venció. Hay que ver lo que han dado de si los moros para inspirar una buena leyenda.

Siempre andando y cruzando por la plaza del Cascorro, dedicada a un héroe de la guerra de Cuba, tomaron la Ribera de Curtidores que atraviesa todo El Rastro, el mercado al aire libre más grande España y posiblemente de Europa. Isidro compró una llave del siglo XVIII perteneciente al palacio del Conde de Benavente, en Valladolid. Eso es lo que dijo el vendedor. Quince euros que regatearon a diez. Isidro se la regaló al ruso explicándole a la vez.

Totalmente fatigados, Román les condujo al Malacatín, anexo a la plaza del Cascorro. Isidro tuvo ocasión de gustar unas estupendas sardinas bra-seadas que apenas si te sirven los restaurantes del centro.

La vuelta la hicieron en taxi.

A Isidro, satisfacciones como las que suscitó el largo paseo le daban aliento mientras se producían, pero no cuajaban en cuanto se alejaron de su fuente. Vivía la oquedad de su presente atado a la depresión como Prometeo a la roca de Escitia, de la que solo se salía de cuando en cuando; ya lo hemos visto: Samira, el Real Madrid y los médicos. Sobre todo los médicos. Por cierto que ahora sentía una especie de punzadas y cosquilleo en el antebrazo izquierdo, con cierto dolor en el tórax que le alarmaron, no fuera algo de corazón. Tras consultar la guía de la Mutua pidió hora en seguida.

Fue la depresión quién le hizo caer en la hipocondría, o ésta en la depresión. Se tomaba el pulso varias veces al día y siempre cuando subía o bajaba las escaleras del metro o las de su casa. Se tomaba igualmente la temperatura, el número de respiraciones por minuto y la tensión arterial para lo cual se compró un tensiómetro Tenía en la estantería del comedor un libro titulado «*El médico en casa*» con las hojas macilentas por el uso. Había solicitado por internet la compra de un desfibrilador que pensaba tener colgado a la entrada de la puerta para atender también a los vecinos que lo precisaran. Suele ser cosa común en estos personajes una especial atención a la herboristería que en Isidro se traducía en repetidas conversaciones que sostenía con el herborista del barrio. Las plantas para Isidro tenían algo de extraordinario y era su nombre en latín como se las distingue y las hace respetuosas: *Menta pulegium*, *Atropa belladone*, *Salvia officinalis*. Servían para aderezar la comida y para perfumar la ropa en los armarios roperos de las antiguas casas. Pero él las buscaba solamente como medicamento, que

en la historia de la medicina —Isidro lo leyó en un libro de los tantos que tenía sobre esta materia— había tenido su principal origen en Teofrasto de Ereso, discípulo de Aristóteles que en su tratado *Historia de las Plantas* estudió más de quinientas especies, en su mayor parte del territorio griego, pero incluyendo también plantas de origen persa o indio. Pero si el ser herbívoro en la comida suele ser antónimo de carnívoro, esas regla no se cumplía en Isidro al cual le gustaban pero muy mucho, los estofados de ternera y las costillas a la brasa. Recordaba que su tía también le cocinaba unos estu-
pendos fideos con costilla de tocino. Para digerir tamaños platos se tomaba después una tisana de poleo menta. Una vuelta a lo primitivo.

Volviendo a su depresión había momentos que se salía de la misma hurgando en la historia aquellos grandes deprimidos que precisamente por serlo engrandecieron la cultura. Se dice que sin su depresión Beethoven no hubiera compuesta la 9.^a sinfonía del modo que la conocemos, ni Munch hubiera pintado la escalofriante imagen de *El Grito*. Es como poner una dínamo al flujo depresivo para generar una corriente inspiratoria.

— Pero ¿y yo que he hecho?

— Procurar ser y que te consideren una buena persona.

— ¿Y como sabemos si Beethoven y Munch fueron buenas personas?

— Para lo que hicieron no les hacía falta ser buenas personas. Pero yo que no he hecho nada en mi vida y por lo tanto nunca seré famoso, para ser feliz necesito vitalmente ser buena persona. Ciertamente he leído en el periódico un frase que dice que los honestos son unos inadaptados sociales. Tengo que buscar en qué no me adapto socialmente. ¡Ya lo tengo! En que no me importaría descubrir que mi mujer se va a la cama con otro. Bueno, no sé si vale.

El título «Quien bien anda mal acaba» tal vez pudiera revelar un error gramatical o de imprenta, si no fuera por el hecho de evidenciar una extraña paradoja. Isidro, nuestro personaje central, se caracteriza por hallarse siempre comprometido en la realización de buenas acciones en beneficio de terceros — amigos y ciudadanos— pero nunca consigo mismo, bajo un permanente estado de depresión, cuya razón parece estar en el accidente de aviación en el que murieron sus padres cuando él era un adolescente. Partiendo de esta circunstancia, el relato de esta obra fluye con total normalidad, salvo los inevitables contratiempos que provocan el amor a la mujer y el dinero. Tanto es así que por ambas causas se ve abocado al asesinato, quedando una impronta que habrá de torturarle inconscientemente la poca vida que le queda aunque él no lo presienta.

ISBN: 978-84-120181-8-9



ER-0280/2005

GA-2005/0100